

# TE VEO

## Damon Knight

Muchos creyeron en los últimos años que Damon Knight, tremendamente ocupado en sus labores de crítico y antologista, había dejado casi de escribir SF. Sin embargo no es así. Este relato, aparecido originalmente en el Magazine of Fantasy & Science Fiction demuestra que Damon Knight está aún, como dicen los americanos, alive and well. Y el hecho de que Donald Wollheim lo escogiera para su antología "Lo mejor de la SF de 1977" demuestra que sigue siendo el espléndido narrador de siempre, capaz de hilvanar una estupenda historia con solo algunas pinceladas. Lean si no.

### Fotomontaje Correo de la UNESCO

Usted tiene cinco años y está oculto en un lugar que nadie conoce. Se halla cubierto de hojarasca, arañado por el ramaje, sudoroso e impaciente. El viento levanta un murmullo en las temblorosas hojas. Un apagado zumbido surge del visor que usted sostiene en las manos.

Luego escucha una voz:

—¡Lorie, te veo, sal afuera! ¡En el granero, comiendo una manzana!

Silencio.

—¡Lorie, venga, sal de ahí, te veo!

Y otra voz:

—Sí, es verdad, ella está allí.

Otro silencio, y una nueva y enojada voz:

—Vale, vale.

Usted se incorpora y dirige su visor hacia la colina. Mientras gira el botón con su pulgar, una imagen brillante se abalanza sobre usted; los árboles se lanzan hacia una oscuridad rojiza y desaparecen, y después aparecen las casas. Ahora puede ver a Bruce junto al corral, observando su visor, girando el mando poco a poco. Está de espaldas; usted sabe que no puede verle y se levanta completamente. Pasa un grajo aleteando y se posa en una rama. Con sus propios ojos usted puede ver a Bruce, una motita azul junto a los grisáceos muros de las casas. En el visor, el se gira hacia usted, por lo que vuelve a esconderse. Otra voz:

—Niños, entrad y lavaos las manos para cenar.

—¡Oh, no, tía Ellie!

—Mamá, estamos jugando al escondite. ¿Podemos seguir sólo cinco minutos más?

—¡Por favor, tía Ellie!

—No, entrad ahora mismo, ya tendréis tiempo para jugar después de la cena.

Y Bruce:

—Oh, está bien. Todos adentro enseguida.

Una vez más no le han descubierto a usted. Su lugar secreto sigue siendo sólo suyo.

Le llamaremos Smith. Era presidente de una compañía que llevaba su nombre, y con más de cien patentes en el campo de los instrumentos científicos. Viudo y de sesenta años. Su única hija y el marido de esta habían perecido en un accidente de aviación en 1978. Un socio se encargaba ahora de los asuntos comerciales. Smith empleaba la mayor parte de su tiempo en

el laboratorio.

En la primavera de 1990 estaba trabajando en un mecanismo de intensificación de imagen, desconcertante por su gran calidad. Aquel día este mecanismo se hallaba acoplado a un proyector rudimentario, en el que había una cartulina con líneas negras, verdes, rojas y azules. La única fuente de iluminación consistía en una simple bombilla de diez watios, por lo que la luz reflejada por la cartulina apenas si era visible; sin embargo, la imagen proyectada en la pantalla era clara y brillante. Cuando Smith variaba el ángulo de iluminación en determinada forma, la imagen desaparecía, siendo reemplazada por sombras, al parecer, de otra imagen. Había aislado al aparato de cualquier frecuencia de radio o televisión, pero sin poder eliminar las sombras, y tampoco podía aumentar su claridad con una iluminación más potente. Eran formas vagamente rectilíneas sin contorno coherente. En ocasiones una mancha difusa se movía con lentitud sobre ellas.

Smith gruñó, abrió las abrazaderas que fijaban el mecanismo y lo asió, mientras con la otra mano se disponía a desconectar el interruptor. Nunca lo tocó. Al mover el aparato, las fantasmales imágenes habían empezado a danzar siguiendo los movimientos débiles de su mano. Smith miró absorto la pantalla, conteniendo la respiración por un instante, y se giró muy despacio, sosteniendo aún el cable. Las sombras se arremolinaron, desaparecieron y volvieron a emerger en la pantalla. Hizo otro movimiento y obtuvo otra alocada danza de la imagen.

Smith dejó sobre la mesa el aparato con mucho cuidado. Sus manos temblaban. Hasta aquel día siempre había mantenido el mecanismo fijo sobre la misma superficie.

—Cristo todopoderoso —preguntó en voz alta—, ¿cuán aturdido puede llegar a encontrarse un hombre?

Usted tiene seis años, casi siete, y le han permitido usar el visor por primera vez. Está sentado sobre un cojín en una silla tapizada y mirando los mandos que su hermano le acaba de describir con un cierto aire de aburrimiento y superioridad. Cuando él se va, le dice:

—Muy bien, si ya sabes tanto, hazlo tu mismo.

En realidad, los mandos de este aparato son extraños; los pequeños visores que usted ha utilizado tienen siempre un solitario botón, para más cerca o más lejos; para desplazar la imagen horizontal o verticalmente, usted enfoca el visor hacia lo que desea ver. Esta máquina tiene indicadores y pequeñas ventanillas con números asomando por ellas, interruptores y teclas, la mayoría de los cuales usted no sabe para qué sirven, aunque le han dicho que cumplen funciones especiales y que no se preocupe. El mando principal es una varilla metálica, justo delante suyo, con un pomo de plástico gris en su extremo, que se ha ido desluciendo debido al uso y que le parece cálido y algo grasiento al tacto. El panel despidе un curioso olor y la gran pantalla, más alta que usted, está oscura y silenciosa. Su corazón late muy deprisa. Agarra con más fuerza la palanca y la mueve un poco hacia delante: la pantalla se ilumina. Se desliza por la habitación contigua como si fuera sobre un vehículo silencioso. Las sillas y las mesas se convierten en siluetas rojizas que se estrechan, retuercen y desaparecen cuando usted pasa a su lado. Está algo confuso al observar cómo van saltando los números rojos en la parte izquierda del panel, y parece como si toda la casa se estuviera comprimiendo. Luego, se encuentra flotando a la altura de la ventana con el mismo movimiento lento y constante. Sobre el prado iluminado por el sol, dos caballos de silla permanecen con la cabeza levantada, olisqueando el aire. Un rastrojal y ahora, bajo usted, la carretera brilla como un río plateado. Usted acciona la palanca para acercarse, y cae con un descenso vertiginoso; ahora se desliza a toda velocidad por la carretera, sorprendiendo y pasando a un camión amarillo y girando la palanca para estabilizarse. Al principio va dando usted bandazos junto a los árboles que bordean la carretera, y la tierra se levanta por encima suyo en un caos de formas retorcidas y rojizas. Pero va aprendiendo el manejo de su aparato y se remonta en el cruce, por encima de la última colina, para colocarse en la carretera principal, volando hacia el este, pasando a todos los vehículos, precipitándose en dirección al gran mundo en el que ansia encontrarse.

Smith empleó seis meses en incrementar la eficiencia del intensificador de imagen, hasta que pudo proyectar con toda claridad las fantasmales imágenes. Cuando lo logró, reconoció al instante lo que veía: la oficina de Jack McCranie. La proyección era aún difusa, pero no tanto como para impedirle ver la expresión del rostro de Jack. Este se hallaba recostado en su sillón, con las manos entrelazadas tras la cabeza. Tras él vio a Peg Spatola con un vestido color púrpura y hablando a McCranie. Esto era imposible, porque se suponía que Peg no volvería de Cleveland hasta la semana siguiente.

Smith telefoneó a McCranie.

—¿Si, Tom?

—Jack, ¿está Peg ahí?

—Claro que no... ella está en Cleveland, Tom.

—Oh, sí.

McCranie estaba aturdido.

—¿Ocurre algo?

En la pantalla, Jack había girado su sillón y le estaba hablando a Peg, gesticulando con movimientos cortos y tajantes de su brazo.

—No, nada—contestó Smith—. No pasa nada, Jack, gracias.

Colgó. Al cabo de un momento se dirigió al cuadro de mandos del mecanismo y accionó con suavidad un botón. En la pantalla, Peg dio la vuelta y se marchó de la oficina. Cuando Smith accionó el mando en dirección opuesta, la muchacha repitió, a la inversa, las mismas operaciones. Smith movió al azar los otros controles hasta que consiguió ver el calendario del escritorio de Jack. Señalaba el viernes quince de Abril... la semana pasada.

Smith dejó a buen recaudo el aparato y todas sus notas, regresó a su casa y pasó todo el resto del día pensando.

A finales de Julio había mejorado y miniaturizado el mecanismo y había extendido su campo de sensibilidad hasta la gama de infrarrojos. Dedicó la mayor parte del mes siguiente, su período de vacaciones, a intentar detectar el sonido con su aparato. Enfocando la parte interna de la laringe de un orador y usando los infrarrojos, pudo convertir las vibraciones visibles de las cuerdas vocales en sonido muy inteligible, pero esto no le satisfizo. Durante un tiempo trabajó con vibraciones extraídas de láminas de vidrio de las ventanas y fotografías trucadas; hizo algunas experiencias con los diafragmas en sistemas auditivos, intercomunicadores y teléfonos. Prosiguió sin parar hasta octubre y, por último, logró un mecanismo que proporcionaría sonido, débil pero audible, a partir de cualquier superficie vibrante; una pared, un suelo, o incluso la propia mejilla o frente de quien hablara.

Volvió a diseñar todo el aparato, construyó un ejemplar de prueba, lo experimentó y volvió a modificarlo. Cuando acabó ya era Navidad. Una vez más, puso a buen recaudo su aparato, sus dibujos y sus apuntes.

Dedicó los días libres a experimentar con adhesivos comerciales de diversas calidades. Los aplicó a papel engomado, los dejó secar, y cortó el papel en rectángulos. Numeró estos rectángulos, los colocó en sobres de correo, amontonó unos cuantos y ató con gomas el resto formando un paquete. Fue examinando todos los sobres a intervalos regulares y comprobó que algunas de las etiquetas se arrugaban y despegaban al cabo de veintiséis horas sin dejar ninguna señal notable. Volvió a repetir el proceso inicial utilizando este adhesivo y mecanografió la dirección de su domicilio en seis de los rectángulos. En los seis sobres escribió la dirección de su oficina y luego recubrió esta

con las etiquetas. Tras poner los sellos de correos los echó al buzón. Los seis, sin las etiquetas, llegaron a la oficina tres días después.

Justo después de Año Nuevo, comunicó a su socio que deseaba liquidar y retirarse. Lo discutieron en términos generales.

Utilizando un nombre falso y un apartado de correos que no era el suyo, Smith escribió a un agente de Boston con quien nunca había tratado antes. Envío la carta, con la dirección del agente cubierta con una de las etiquetas en las que había escrito una dirección inexistente. La etiqueta se desprendió en el trayecto y la carta llegó a su destino. Cuando el agente contestó, Smith se hallaba contemplándole y leyendo la carta mientras una secretaria la mecanografiaba. El agente utilizó en su respuesta un sobre sin remite, tal como Smith le había indicado. El usuario del apartado de correos devolvió la carta indicando "no es aquí"; el sobre llegó nuevamente a la oficina de correos y fue devuelta a su debido tiempo, pero mientras tanto Smith, que ya conocía el contenido, envió por correo, en la misma forma, una importante cantidad de dinero. En cartas posteriores instruyó al agente para que requiriera de diversas compañías precisas de componentes electrónicos, armaduras plásticas, montajes y transportes, y le adjuntó planos del material que deseaba. A través de un segundo agente de Nueva York, al que se dirigió en idéntica forma, adquirió diez mil ejemplares de un folleto de instrucciones a cuatro colores.

Algo más tarde, en febrero, compró una casa y una tienda de electrónica en una pequeña población de la zona de los Adirondacks. En marzo firmó la cesión de sus intereses en la compañía en favor de su socio, se llevó todo lo que le interesaba de su laboratorio y se despidió. Vendió su apartamento de Manhattan y su casa de campo de Connecticut, se trasladó a su nuevo hogar, y se convirtió en un hombre anónimo.

Usted tiene trece años, y está cazando una zorra con sus amigos por primera vez. Le han colocado en el campo norte, el peor lugar, pero usted sabe como arreglárselas.

—Está en la cañada.

—La veo, está en el arroyo, va río arriba.

Usted gira el visor, moviéndose con rapidez entre sombras y hojas relucientes: contempla la cañada, luego la zorra, corriendo a través de los árboles y levantando el agua mientras lo hace.

—Ken y Nell, bajad y colocaros por delante a la altura del invernadero. Wanda, tú, Tim y Jean quedaros donde estáis. Todos los demás seguidla, pero no os acerquéis mucho hasta que yo os lo diga.

Ha hablado Leigh, el mayor de todos. Usted gira el visor, da una ojeada a Bobby, que corre colina abajo entre los árboles, con el pelo flotando, y por último vuelve a contemplar el arroyo: la zorra se ha ido.

—¡Está cruzando el depósito de grano!

—De acuerdo, quedaros todos esparcidos a los dos lados. Jim, ¿podéis tú y Edie desviarla antes de que llegue al bosque?

—Lo intentaremos. ¡Allí está!

Y usted se ha quedado sin caza, tal como ya se imaginaba, pero pronto tendrá la edad de Nell y Jim; entonces podrá ponerse al mando, y será el principio de su vida.

Tanteando, Smith ha encontrado las coordenadas de Dallas, el 22 de noviembre de 1963: Plaza Dealey, las doce y veinticinco de la mañana. Observa la caravana presidencial girando a la altura de Elm Street. Kennedy se inclina hacia delante, llevándose las manos al cuello. Smith aprieta un botón para detener la escena. Examina la zona que hay detrás de la caravana, llegando hasta el sexto piso del Book Depository Building. No hay nadie tras la barrera de cajas de cartón; la habitación está vacía. Escudriña en las habitaciones cercanas pero tampoco encuentra a nadie. Busca en el piso inferior. Un hombre arrodillado permanece junto a una ventana abierta, sosteniendo en sus manos un rifle de largo alcance. Smith lo fotografía. Vuelve a la caravana presidencial y observa el momento en que el segundo disparo alcanza al presidente. Detiene la imagen de nuevo, busca en los edificios cercanos y descubre a un segundo tirador sobre un tejado. Lo fotografía. Vuelve a la caravana. Un tercer y cuarto disparos, el último llegando a la sien del presidente. Smith vuelve a detener la acción y descubre a dos tiradores en lo alto de un montículo herbáceo, el primero de ellos apuntando desde un vehículo detenido y el segundo arrodillado oculto por unos matorrales. Fotografía a los dos. Desconecta el aparato, descansa un momento, entra en el lavabo, se arrodilla y vomita.

El visor es su niñera, su televisión, su teléfono (las líneas telefónicas todavía funcionan, pero sólo se usan como instrumentos indicadores; cuando usted sabe que alguien quiere hablarle, usted dirige su visor hacia esa persona), su biblioteca, su escuela. Antes de la pubertad puede observar las relaciones sexuales de la gente, pero incluso en ese caso su curiosidad queda satisfecha con suma facilidad; después de que un primo suyo le ha iniciado en el tema a los catorce años, lo que a usted le interesa es hacerlo usted mismo. El profesor común dirige sus estudios, hace sugerencias de vez en cuando, pero conforme usted va creciendo le abandona a sus propias iniciativas. A usted el interesa la prehistoria africana, el teatro europeo y la anti-civilización de Epsilon Eridani IV. Muy pronto, podrá usted elegir lo que más le guste.

Puerto de Nueva York, 4 de noviembre de 1872: Un día frío y ventoso. Un barco de dos mástiles está anclado; en su popa se lee: MARY CELESTE. Smith acciona el control de tiempo. Un momento de oscuridad, luz de nuevo, y el navío ha desaparecido. Vuelve el mando hacia atrás y lo encuentra otra vez con las velas extendidas algo más allá de Sandy Hook. Manipulando los controles de tiempo y espacio al mismo tiempo, sigue su curso hacia el este entre tormentas y resplandores de sol. Lo pierde... vuelve a encontrarlo, y el tiempo va pasando mientras tanto. Cuanto más se desplaza hacia el este, más debe maniobrar con el aparato, porque la imagen del barco va alejándose de él en la misma proporción. Debido al ángulo, no puede mantener al alcance de su

vista la nave cuando se aleja mucho, pero la sigue obstinadamente. El 21 y 22 de noviembre hay violentas tormentas. El barco es levantado con violencia por las olas, desciende otra vez se hace visible solo a ratos. Smith emplea dos horas en pasar dos días de tiempo real. El día 23 renace la calma, pero el 24 hay otra tormenta. Smith restriega sus ojos, pierde el contacto con el barco, y lo encuentra de nuevo tras una búsqueda de diez minutos.

El temporal desaparece en la mañana del día 26. El sol brilla con fuerza y el mar está casi inmóvil. Smith puede dar ojeadas a las figuras que se asoman a la cubierta, inclinadas sobre oscuras zonas del casco. Un marinero está anudando un cabo en la popa, otros dos están arriando una vela triangular entre el palo mayor y el bauprés, y un cuarto se halla al timón. Un pequeño grupo mira el mar apoyados en la barandilla de estribor; hay una mujer. Hay una imagen confusa en la pantalla, a continuación, de alguien que anda y desaparece. Ahora los hombres ponen a flote una barquichuela a un costado del buque. La barandilla ha sido quitada y se halla sobre la cubierta. La tripulación se introduce en el pequeño bote y rema alejándose del barco. Smith los oye gritar pero no entiende lo que dicen.

Smith vuelve a enfocar la nave: no hay nadie en la cubierta. Busca la bodega, repleta de toneles, luego el camarote, y, por último, el castillo de proa. No hay nada anormal: ni explosiones, ni fuego, ni señales de violencia. Cuando vuelve a enfocar la superficie, ve como las velas se agitan y remueven con el viento. El mar está embraveciéndose. Busca el bote, pero ya ha pasado un tiempo excesivo y no puede encontrarlo. Vuelve a la nave e invierte el control de tiempo, hasta que puede obtener la imagen de la tripulación ocupando sus puestos en la cubierta. Vuelve a observar el grupo que se halla inclinado sobre la barandilla; sólo ahora descubre que la mujer tiene un niño en sus brazos. El niño se agita y cae al mar. Smith oye el grito de la mujer y ve como se arroja también al agua.

Puede ver como los hombres corren y lanzan el bote. Mientras lo hacen, les enfoca lo suficientemente cerca como para oírles.

—¡Dios mío! ¿Quién está en el timón? —dice uno.

—¡No importa!—contesta otro hombre, con barba y tez amarillenta—. ¡Rema!

Poco a poco, los hombres bajan la vista. Pero enseguida, uno mira hacia atrás y después otro. La Mary Celeste, con tres de las cuatro velas agitándose en el palo mayor, se aleja. Con suavidad primero, con rapidez después. Al cabo de un momento desaparece de la vista.

Smith no quiere ver otra vez la escena en que la madre y su hijo son tragados por el mar. Pero otros sí.

El modelo comercial estuvo listo en septiembre. Era una versión simplificada del prototipo, con sólo dos controles, uno para espacio, otro para tiempo. El alcance del mecanismo fue limitado a mil seiscientos kilómetros. En ninguna parte de la armadura o el folleto de instrucciones podía encontrarse un

número de patente, o una indicación de que el aparato estuviese pendiente de obtenerla. Smith bautizó su aparato con el nombre de Ozo, tal vez debido a que, vagamente, le recordaba algo japonés. El folleto de instrucciones describía el mecanismo como un visor de largo alcance, y proporcionaba consejos muy sencillos y claros para su uso. En letra pequeña, una instrucción decía: "Mantenga el control de tiempo en posición cero". Era como decir "Recién pintado. No tocar".

Durante la semana del 23 de septiembre, siete mil Ozos fueron transportados a direcciones de Canadá, facilitados por Smith. Quinientos a fabricantes electrónicos y a sus proveedores, seis mil marcados "sobre consigna" a mercados de televisión de ciudades importantes, y el resto a ciudadanos anónimos elegidos al azar. El folleto de instrucciones se suministraba precintado en sobres, junto con cada aparato. Tres mil más de estos fueron enviados a Europa, América Central, América del Sur, y Oriente Medio.

Algunos de los comercios que recibieron los paquetes los abrieron el mismo día, pusieron a prueba los aparatos y, después, los pusieron a la venta a precios oscilando entre las ocho y las veinte mil pesetas. Al día siguiente, la voz empezó a extenderse. Cuando las tiendas cerraron, al final del tercer día, todo había sido vendido. La mayoría de la gente que los compró, tanto a través del correo como en la tienda, los utilizó para espiar a sus vecinos y a las personas que se hallaban en hoteles.

En una casa de Cleveland, un hombre observa por su visor a su hermano político, que a su vez mira a su esposa mientras ésta sale de un taxi. La mujer se introduce en el corredor de un edificio de apartamentos y el marido puede ver como ella sube al ascensor, baja en el cuarto piso y toca el timbre de la habitación cuatrocientos diez. La puerta se abre, un hombre de cabello oscuro abraza a la mujer y ambos se besan.

El cuñado los interrumpe.

—No lo hagas, Charlie.

—Déjame en paz.

—No pienso hacerlo. Y escúchame: No lo hagas. Ni ahora ni nunca.

—¿Por qué demonios no puedo hacerlo?

—Porque si lo haces te mataré. Si quieres un divorcio, muy bien, consíguelo. Pero no le pongas una mano encima o te mandare al sitio mas remoto al que puedes ir.

Smith obtuvo su partida de Ozos a principio de semana, lo llevó a un lugar y dejó que el encargado del almacén se ocupara de venderla. No le molestaba utilizar el modelo comercial, pero empezó a diseñar otro prototipo, con mandos calibrados hasta una centésima de segundo y un milímetro, y con un control de tiempo que le permitiría detener una escena y observarla antes o después con



la antelación o el retraso que le conviniera. Además, solicitó un reloj de precisión procedente de un proveedor de observatorios astronómicos.

Un oficial de alta graduación del servicio de Inteligencia, asistiendo a la primera demostración del Ozo en el Pentágono, exclamó:

—Dios mío, con esto podríamos dismantelar la mitad de la administración: todo lo que tendríamos que hacer es lanzar interceptores cuando viéramos que ellos aprietan el botón.

—Es una buena idea, y el senador Burkhart no debe saberlo —dijo otro oficial.

Pero al día siguiente todo el mundo lo sabía.

Un sacerdote baptista de Louisville dirigió la primera manifestación contra una planta de montaje del Ozo. Un mes más tarde, cuando aún se estaba a la espera del juicio contra los manifestantes, películas mostrando a todos y cada uno de los alborotadores en actividades comprometedoras o ridículas fueron distribuidas ampliamente por toda la zona.

Los agentes de comercio que habían estado implicados en la distribución de los primeros Ozos fueron descubiertos y se vieron obligados a salir de su ciudad. Las fábricas fueron atacadas, pero otras surgieron para ocupar su lugar.

El primer Ozo entró clandestinamente en la Unión Soviética desde Alemania Occidental y a través de Katerina Belov, miembro de un grupo disidente de Moscú, que lo utilizó para demostrar las acciones ilegales del gobierno. El aparato fue embargado por la KGB el 13 de diciembre; Belov y otros dos miembros del grupo fueron detenidos, encarcelados y torturados. Mientras tanto, otros cuarenta Ozos llegaron a manos de los disidentes.

Usted se halla contemplando una vieja película, Bob, Ted, Carol y Atice. La comicidad de lo que ve le parece infantil y falta de imaginación. No le interesa la ocasional semidesnudez de la actriz. Lo que provoca su risa es la timidez, las miradas disimuladas, las sonrisas, los gestos que aluden a cosas que nunca aparecerán en la pantalla. Usted comprende que esa gente nunca ha visto desnudos a otras personas que no sean sus amigos íntimos. Que no han visto a nadie mientras caga o mea, y que estarían aturdidos si pudieran hacerlo. ¿Por qué razón los niños decían "pipí" y luego se reían sin motivo? Usted ha leído libros escolares en los que se explican los tabúes sobre las "funciones corporales", pero ¿por qué cagar era peor que estornudar?

Cora Zickwolfe, que vivía en una recóndita zona rural de Arizona y cuyo marido trabajaba en Tucson, acordó con su vecina más cercana, Phyllis Mell, que cada una de ellas mantendría un Ozo enfocado en la tablilla de la cocina respectiva. En la tablilla habría una nota que diría "todo en orden". En caso de cualquier problema, y suponiendo que ninguna pudiera utilizar el teléfono, retirarían la nota, o si tenían tiempo escribirían otra.

En abril de 1992, cuando su marido se hallaba trabajando normalmente, un intruso irrumpió en la casa y agarró a la señora Zickwolfe antes de que esta pudiera llegar a la tablilla. La encerró en el cuarto de baño y la forzó a desnudarse. La policía llegó al cabo de quince minutos, y Cora nunca volvió a dirigir la palabra a su amiga Phyllis.

Entre 1992 y 2002 fueron realizadas más de seiscientas mejoras del Ozo. Las más importantes fueron un sistema de alimentación basados en enfocar el Ozo en una delgada apertura del interior del Sol. También hay que citar el sistema de satélites estacionados en órbitas constantes y un mecanismo seguidor automático que mantenía el Ozo enfocado en cualquier cosa o persona.

Utilizando el seguidor, un entomólogo de Méjico sigue la ascendencia en el tiempo de una abeja. Las imágenes aparecen y desaparecen, al ritmo de diez por segundo: el seguidor contempla como cada reina vuelve al huevo, el huevo a otra reina anterior y así sucesivamente. Millares de generaciones se han sucedido; en dos mil horas, empezando con una abeja del paleoceno, el científico ha viajado hasta el cretáceo. De vez en cuando, se detiene para seguir a la abeja en intervalos reales de tiempo y luego vuelve a acelerar. La colmena se hace más pequeña, más primitiva. Ahora es únicamente un enjambre de células redondeadas, y la abeja es diferente, se parece más a una avispa. Tras muchos años de trabajo, va a obtener el fruto que ansiaba. Sigue observando, olvidando comer, y casi respirar.

Su madre ha muerto y usted investiga su pasado y el de su padre. Con el programa adecuado en su visor, efectúa tanteos inútiles hasta que encuentra la línea femenina, primero, y luego la masculina... Un profesor de biología en Boston, un sufragista, un comerciante en grano, un cantante, un granjero holandés establecido en Nueva York, un marinero británico, un músico alemán... Sus rostros van emergiendo en la pantalla, con los ojos brillantes, y las mejillas con el color de la vida. Algún día también usted será, simplemente, una serie de imágenes en una pantalla.

Smith contempla el planeta Marte. El reloj de precisión que controla el Ozo para seguir el movimiento del planeta, incluso cuando este se halla bajo el horizonte, permite que enfoque directamente la superficie, y al instante. Pero nunca lo utiliza. Localiza su posición a miles de kilómetros más lejos y después se acerca poco a poco, de forma que pueda ver la esfera roja convertirse en un disco y luego en una bola amarilla como el sol suspendida en la oscuridad. Ahora puede seguir los rasgos de la superficie: Syrtis Major y Thoth-Nepenthes terminado en una larga curva en Utopía y en el casquete polar.

La imagen va creciendo y acercándose hacia él, clara y perfecta, sin temblores ni distorsiones atmosféricas. Es verano en el hemisferio norte: Utopía es una región amplia y oscura. El planeta llena la pantalla, y Smith enfoca la zona más hacia el norte, hacia el desierto de cráteres, que todavía se halla a millares de kilómetros de distancia. Una tormenta de polvo, como una cortina amarilla, oscurece el curvado cuello de Thoth-Nepenthes; pero ya está tras él, descendiendo hasta el límite del casquete polar. El borde del planeta reaparece; flota como un planeador sobre la superficie teñida de rosa, gris y

violeta. Ahora puede ver su composición terrosa y su vegetación. Se desplaza entre los retorcidos tallos de color grisáceo y las hojas de nudos violetas. Contempla los extraños y deformes brotes que pueden ser burbujas de aire o algo grotescamente similar a las flores. En el borde de la pantalla, algo alto, delgado y oscuro va dando saltos. Lo sigue al instante, lo encuentra, lo amplifica y lo sitúa en el centro de la pantalla: una cosa como si fuera una cucaracha peluda, con el cuerpo cubierto de gruesos pelos negros, o tal vez espinas. Se apoya en seis pies unidos, agita sus antenas y mueve su boca. Y sus cuatro brillantes ojos contemplan fijamente los suyos a cerca de cien millones de kilómetros de la Tierra.

Smith fue encaneciendo y perdiendo el pelo. Antes de la catástrofe de 1993, hizo valiosas contribuciones a la Cruz Roja Internacional y a diversas organizaciones de Europa, Asia y Africa. Se emborrachó varias veces, pero siempre en soledad. A partir de 1993 dejó de leer los periódicos.

Anotó la fecha y lugar del accidente aéreo en que perdieron la vida su hija y el marido de esta, pero nunca utilizó estos datos para nada.

Cuando, algunas veces, se vestía o peinaba delante del espejo del cuarto de baño, lo contemplaba fijamente como si se hallara delante de una cámara invisible y levantaba un dedo. Ya muy viejo, escribió algunos poemas.

Conocemos su nombre. Las pacientes investigaciones, utilizando avanzadas técnicas de búsqueda, siguieron la ruta de sus cartas a través de sistema postal y le descubrieron, pero por entonces se hallaba afortunadamente muerto.

El mundo entero ha estado en paz durante más de una generación. Apenas si se conoce la palabra crimen. La energía libre ha convertido a todo el mundo en rico, pero la población se ha estabilizado, aún cuando el diagnóstico anticipado ha eliminado la mayoría de las enfermedades. Todo el mundo hace lo que quiere, siempre que no moleste a sus vecinos, y, después de todo, estos poseen los mismos visores que cualquier otra persona.

Usted tiene cuarenta años y es un respetado hombre de letras. Ha pensado utilizar algunos días revisando su vida, igual que hace mucha gente a esta edad. Ha visto copulando a sus padres la noche en que le concibieron y ha seguido el proceso del feto, usted mismo, en el vientre de su madre. Un renacuajo rojo primero, luego algo similar a un pollo en embrión, y, por último, un bebé de gruesa cabeza pateando y agitándose. Ha visto como nacía, el primer momento en que su sangrienta cabeza salía a la luz del hospital. Se ha visto tambaleándose en su cuarto vestido con un holgado traje infantil, empuñando un pato de plástico amarillo...

Ahora está usted tras un árbol cortado en la colina, y se da cuenta de que no hay lugares secretos. En el desconocido futuro, observándole a usted, sabe perfectamente que alguien le mira. Y otra persona mira a éste último, y otra y otra y otra... y así hasta la eternidad.